

Manuscrito original



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BT660
.G8
M42
C.1

255

BT660

.G8

M42

c.1

255



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080026885

SERMON

PREDICADO POR
EL SEÑOR PREBENDADO

DON TELÉSFORO MEDRANO

EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE GUADALAJARA

EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1887.

*Se imprime por disposicion del
M. I. y Venerable Cabildo Metropolitano, con la
autorizacion del Illmo. y Lmo. Sr. Arzobispo
de esta Arquidiócesis.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUADALAJARA.

IMPRENTA, LITOGRAFIA Y LIBRERIA DE ANCIRA Y HNO.

Santo Domingo, núm. 13.



42382

Capilla Alfonsina.
Biblioteca Universitaria

BT660

.G8

M42



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

*Sudlevetur desertum, et civitates ejus.....
laudate habitatores Petrae, de vértice montium
clamabunt.*

ISAÍE CAP. XLII, V. 11.

SEÑORES:



El Profeta Isaías convida á los habitantes de los desiertos de Arabia á que se levanten alegres y reconozcan al verdadero Dios, para que le adoren y le tributen el culto que le es debido; invita tambien á los habitantes de Petra, metrópoli de la Arabia de este nombre, para que dejen sus supersticiones gentílicas y alaben al Señor. Predice á la vez que los moradores de estas regiones darán alabanza al Dios verdadero luego que vean los prodigios hechos por El en favor de su pueblo. Y entónces clamarán llenos de una santa admiración: ¡El Señor es con nosotros! y nos ha dado en prueba de su paternal amor un prodigio estupendo.

El mismo Santo Profeta, en otros lugares de esta oscura profecía, compadece á los poderosos imperios del Oriente, á quienes, abusando de sus grandes riquezas y de su inmenso poder en los mares para pasar á oprimir á algunas naciones extranjeras, les predice que se expondrán á muchos desastres y peligros, en que serán sacrificados vencedores y vencidos, ejecutando todos á la vez los designios de una Providencia paternal y bondadosa, sin que lo sepa ni el poderoso ni el débil, cumpliendo el mandato de Dios de ir como ángeles veloces á una nación dividida y dilacerada, á un pueblo terrible, mas allá del cual no hay otro, y á regiones separadas por las aguas. Parece que el sublime gé-

005255

nio del Profeta al pintar ese pueblo terrible, estaba viendo divinamente á nuestra cara patria México, y que el Padre San Gerónimo, parafraseando estos conceptos, los aplica exactamente al antiguo pueblo mexicano, cuando dice: "¡Oh vosotras todas las naciones que estais á la redonda! cuando percibiéreis mi mandato como se vé una bandera en los montes, y oyéreis mi ordenanza como el sonido de una trompeta, que sale de un encumbrado lugar, entónces veréis lo que tengo mandado." ¡Ah! ¿y qué es lo que tiene mandado el Señor? La ruina, la humillación y casi el exterminio de esos pueblos orgullosos, que ciegos por su poder y sus pasiones sensuales, no quisieron reconocer al verdadero Dios.

Y entre tanto, continúa el mismo Padre, poniendo en boca de Dios estas terribles palabras: "Mientras llegan las cosas que tengo ordenadas, me estaré quieto y sosegado en mi trono que es el cielo..." Parece tambien que esa quietud y reposo de parte de Dios, de que habla el Profeta, segun el sentido de la paráfrasis de San Gerónimo, se pueden aplicar al mucho tiempo que por permisión divina de la Providencia, las naciones de la América, los pueblos todos del Anáhuac, estuvieron sentados á la sombra de la muerte, envueltos en las más densas tinieblas del error y desconocidos para las demás naciones del globo, hasta que por fin, Dios quiere salir de su santo reposo y hacer que se dibuje en el horizonte de este desconocido continente la aurora hermosa del gran día de ventura para la América septentrional. Planta el estandarte en cumplimiento de su palabra en la escarpada cima del Tepeyacatl, la bandera santa de salvacion, y suena la trompeta misteriosa de la redencion, llamando á estos pueblos al derredor de aquella, para que se levanten de sus desiertos y vengan á conocer á su tierna y amorosa Madre, á alabar y bendecir al verdadero Dios de quien no habian tenido idea, y á aclamar desde la cumbre de sus montes, llenos de un santo júbilo, porque á la luz del Evangelio se les abren las puertas eternas de la celestial Jerusalem y llevarán al lugar santificado sus dones y sacrificios agradables al Señor, como lo habia predicho el Profeta. *Sublevetur desertum et civitates ejus.... laudate habitatores Petrae, de vértice montium clamabunt.*

Ya comprendereis, señores, que se trata del acontecimiento mas grande, sublime y benéfico que se ha verificado en nuestra hermosa patria; esto es, que voy á hablaros de la milagrosa aparicion de Santa María de Guadalupe en el Tepeyacatl, de los beneficios inmensos y constantes que en ella nos trajo, prometiéndonos su divina y maternal proteccion; por cuyo singular favor exige de nosotros una tierna y filial gratitud. Este será el asunto con que ocuparé vuestra atencion en estos momentos solemnes; pero para satisfacer á los ardientes deseos que me animan en asunto tan sagrado, y á vuestra piedad, necesito me ayudeis á pedir los auxilios de la gracia por la poderosa intercesion de esa misma tierna y hermosa Niña, á quien saludamos reverentes con las palabras del Angel. AVE MARIA.

*Levántese el desierto y sus ciudades....
alabad vosotros moradores de Petra, levantarán la voz desde la cima de los montes.*

(Lugar ya citado.)

MALÉGRATE antigua México! Quita de tus ojos la venda impura con que te cegara Satán por tantos siglos, deja tus danzas impúdicas, abandona tus supersticiones y tus horrendos sacrificios. ¿Qué no oyes en tus playas el sonoro y majestuoso trueno de una arma mortífera de que no habías tenido noticia? ¿Qué no ves que un puñado de atrevidos aventureros holla tu suelo virgen con planta temeraria? Acontecimientos terribles es verdad; pero que al lado de ellos vienen las manifestaciones amorosas de una Paternal Providencia. ¡Ah! pero te compadezco, estás ciega, dividida y dilacerada; y como no conoces al verdadero Dios que habita en las alturas y que desde allí rige los destinos de las naciones, por eso también no comprendes los designios de su bondad infinita, y ni imaginarte puedes que tú eres aquel pueblo terrible de que habló Isaías, que vendrá á traer don agradable al Dios de los ejércitos sobre la montaña de Sión. Efectivamente, señores, este pueblo, junto con el brillo de las armas extranjeras, vé la refulgente luz del Evangelio, saluda por primera vez las ideas sublimes de una santa y nueva doctrina, que le trae una nueva y verdadera civilización.

Comienza este pueblo dichoso á convertirse al verdadero Dios, abandonando sus antiguas divinidades y abrazando el Cristianismo que le predicán sus primeros apóstoles llenos de celo y de ardiente caridad; sin embargo, los progresos del Catolicismo en los primeros años habían sido lentos; pero apenas corre el mes de Diciembre del año de 1531 cuando el Dios bondadoso quiso dejar su quietud y hacer

ver las cosas que tenía ordenadas para el pueblo mexicano; y entónces la Santísima Virgen, Madre de misericordia, baja de lo alto de los cielos en las alas de los vientos, apoyada en los querubines y en los vapores de una nube transparente y muy hermosa, rodeada de un iris bellissimo y encantador, acompañada de millares de espíritus celestiales que le hacen la corte como á su Reina y llenan los aires con sonoros y dulces cánticos. Busca una alma sencilla á quien comunicar los designios de su maternal amor hácia los mexicanos. Le habla á un natural del país, en quien estuvieran representados todos los de la raza azteca, para que jamás se pusieran en duda ni su amor ni su protección hácia los hijos de México. Esta historia es muy conocida para vosotros, señores, porque es la historia patria, y por lo mismo yo no debería tocarla; pero permitidme que lo haga ahora, aunque sea de una manera breve, por exigirlo así las actuales circunstancias, y porque siempre es grato traer á la memoria los dulces recuerdos de un día de tanta gloria para México.

Como sabéis muy bien, pasaba el feliz Juan Diego, al despuntar la aurora de un día de ventura, por las faldas del Tepeyacatl, cuando levanta su vista hácia la cima del collado y vé una nube refulgente que llama fuertemente su atención, cuanto mas se acerca á ella mas crece su admiración, y entra su espíritu en una especie de arrobamiento. ¡Se para, levanta los ojos á los cielos, mira y oye cosas tan maravillosas que él mismo no se las podía explicar, los baja hácia la tierra que pisa y mira que está cubierta de los esplendores misteriosos de aquella luz divina, y aun los rústicos peñascos y pequeños arbustos del montecillo le parecen jaspes y piedras preciosas! ¡Por fin, oyó una voz dulce y delicada que le llamaba por su nombre, se acerca para obedecer á esa voz celestial y vé.....! Pero ¿qué es lo que vé, señores? Es acaso la zarza misteriosa que vió en la cumbre del Horeb el humilde pastor del desierto de Madiam? ¿Qué voz es la que oye? ¿Es acaso la de respeto y majestad, que oyó en medio de aquel fuego sagrado el mansísimo Moisés, cuando le decia que no se acercara allí antes de quitarse el calzado porque la tierra que pisaba era santa? ¡Ah! no, señores, lo que el feliz Juan vé, es una tierna y hermosa Niña, una Virgen escogida como el Sol y

mas hermosa que la Luna, de color aperlado y hermosamente terso como el de las vírgenes y princesas mexicanas, pero de una hermosura divina, porque es la Madre del mas hermoso de los hijos de los hombres, de aquel "cuyo nacimiento es mas puro que el rocío de la mañana y cuya fragancia es mas suave y delicada que la del mas precioso nardo." La voz que oyó fué la del arrullo de la Tórtola divina que vino á purificar y bendecir esta tierra predilecta con el contacto de su purísima planta. *Vox turturis audita est in terra nostra.*

Gozábase el piadoso neófito en aquella vision encantadora; y oyendo sumiso la manifestacion de la soberana voluntad de la Purísima Virgen María, lleno de celestiales emociones, corre á cumplir el mandato de su dueña y amorosa Madre que lo acaba de tratar como á hijo muy querido. No le da crédito el prudente Prelado: vuelve Juan Diego á la presencia de la Reina de los cielos y le suplica que le escuse de aquella embajada por ser él una persona vil y despreciable: la piadosa Madre le manda ir de nuevo al Prelado para que cumpla su voluntad; y habiéndosele entonces pedido una señal de la verdad de su misión, acude á pedir el signo que se le exige para poner mano á la obra que la Reina de los ángeles quiere que se le edifique en aquel lugar para proteger desde allí á todos los mexicanos, levantándose sobre el collado para ser vista de todos los pueblos de esta América dichosa, como la bandera de que habló el Profeta, y como la elogia el Espíritu Santo en otro lugar: "*Exaltata est super omnes colles.*" Oye Santa María de Guadalupe las sentidas quejas del sencillo Juan de que no se quiere dar crédito á su palabra, que se desea una seña en prueba de lo que ha dicho. Y entonces, señores, ¡oh prodigio estupendo, un milagro para confirmar otro milagro! ¡oh humildad inmensa de la Virgen inmaculada! que como Madre del amor hermoso y de la santa esperanza no se fastidia á tan prudente resistencia, sino que llena de ternura maternal manda á su mensajero que de la cumbre del montecillo corte unas flores frescas y las lleve en su tilma con toda precaución á la presencia del Prelado. Hace Juan Diego como se le manda, aunque sabia que en aquellos riscos áridos nunca se daban flores y ménos en el rigor del invierno; pero la fé todo lo puede, traslada las

montañas; por eso el obediente Juan no vacila un instante. Sube al monte sagrado y encuentra las flores llenas de fragancia y hermosura, humedecidas todavía con el rocío celestial: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

Corre gustoso, seguro de que ya se le dará crédito; se postra á los piés del venerable Sr. Zumárraga, y con los ojos inundados en lágrimas desenvuelve su tosco ayate y respetuosamente dice al santo Prelado: "Aquí está la señal que me habeis pedido" y arroja las flores misteriosas en el suelo. ¿Y qué sucede entónces, señores? Que se sorprende aquel Ilustre Prelado á la vista de las flores, y sube de punto su santa sorpresa cuando vé pintada en el ayate la hermosa y venerable Imágen de Santa María de Guadalupe, tal como se la habia delineado en su sencilla narración el humilde y piadoso Juan. Entónces se aviva la fé de aquel Santo Prelado, quien luego se postra en el polvo humedeciendo éste con lágrimas de admiración y adora reverente á la sacrosanta y celestial Imágen; y parece que lo oigo exclamar lleno de una santa compunción: ¡Bendito sea Dios que por su infinita misericordia hácia los pecadores, se ha dignado consumir un prodigio tan maravilloso en favor de su pueblo!

En el instante mismo se extiende la fausta noticia por toda la ciudad, por todos los pueblos y desiertos de esta feliz América. Los naturales del país consignan este hecho en sus historias, la tradicion se forma depurada de todo error, y en el trascurso de los siglos se confirma más el prodigio con el exámen escrupuloso que se hace tanto del hecho y sus circunstancias, como de la pintura divina y de la duración milagrosa de la sacrosanta Imágen, no obstante los principios contrarios á esta indemnidad. Dígalo sinó, el irrefragable testimonio de tantos y tan excelentes pintores, notabilidades de su siglo, que al ver la pintura angelical postrados en tierra llenos de fé y de veneración han exclamado diciendo: Verdaderamente aquí está el dedo de Dios; esto no es ni puede ser obra de los hombres. Dígalo sinó el testimonio de uno de los Pontífices mas sábios y de mas delicada crítica, el Señor Benedicto XIV, que al ver una copia de la sagrada Imágen de Santa María de Guadalupe, Madre del pueblo mexicano, llena de fé su alma y de

amor su corazón, la venera humildemente, é inspirado por un santo entusiasmo exclama: No ha obrado Dios un prodigio semejante en favor de alguna otra nación. *Non fecit taliter omni nationi.* ¿Quereis más mexicanos que me oís? ¡Ah! pero sería interminable si quisiera probar este acontecimiento divino tan extensamente como lo han hecho ilustres escritores, tanto antiguos como de nuestros días.

Sin embargo, es sobre manera sensible que algunos hijos de México en las tristes circunstancias que atravesamos en estos días de incredulidad é indiferencia, hayan pretendido ya negar abiertamente, ya suscitar dudas acerca de la tierna y maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, Madre de los mexicanos: ¿como si la nación toda no estuviera segura de la verdad del hecho de que se trata! ¿Se avanzarán ellos á decir que toda la nación y tantas generaciones que se han sucedido en mas de tres siglos y medio han sido envueltas en una ilusión? ¿Pensarán que por sus argumentos negativos exagerados y tan victoriosamente contestados nos pueden persuadir á que creamos que el dichoso Juan Diego solo vió una ilusión y no se halló en la presencia y oyó hablar á un personaje real que bajara del cielo? ¡Ah! como si fuera tan fácil suponer en un hombre sencillo, sin ninguna instrucción, una imaginación tan naturalmente poética, capaz de combinaciones de tanta belleza y de tan sublimes y encantadoras ideas, como se dejan conocer en su narración. Esto no podia suceder sino por otro milagro. ¿Qué tambien podrá decirse que el Ilustrísimo y muy prudente Sr. Zumárraga, sus familiares y servidumbre doméstica fueron ilusos al ver el prodigio de las flores extraordinarias y de la sacrosanta Imágen celestialmente pintada en el ayate, ó que fueron víctimas de un error? ¿Quién fué el autor de este? ¿El sencillo, el pobre, el ignorante, el oscuro y desvalido Juan Diego? ¿Quién le ministró esas flores prodigiosas, esa pintura sagrada de tanta belleza y hermosura, de tan peregrina ejecución? ¡Ah! señores, si la pintura no es celestial, esto es, si no es obra de Dios; ¿por qué los autores de esas dudas, no han dicho y probado quién fué el autor de esa pintura admirable, ó en qué academia se ejecutó tan insigne maravilla del arte? ¿Por qué en mas de tres siglos y medio que han trascurrido ni el autor de esa pintura singular, ni su familia ó interesados

han reclamado nunca la gloria que tan justamente les pertenecería por tanta belleza y por tan buena fama en el universo todo? ¿Qué ese silencio tambien será otro milagro? ¡Ah! nada de esto podrá hacerse; porque la obra y la gloria de su divina ejecución son propias solo de Dios.

No lo dudeis: en la negación, en la vacilación respecto de la verdad de la Aparición de la Reina de los Cielos en el Tepeyacatl y de su Imágen preciosísima hay un ardid de Satanás que envidioso siempre de las glorias de la Purísima Virgen María, lo está mas ahora porque ve á la piedad de los mexicanos realzar con empeño y con santo ahinco su culto, porque ve el amor y la gratitud sincera y la tierna devoción de todo un pueblo que engrandece á María y le rinde humildes obsequios por el beneficio insigne de su Aparición. Los que niegan este prodigio ó dudan de él, son dignos de compasión: son incapaces de sostener sus asertos; ¿qué argumentos podrian presentar que no estén ya brillantemente deshechos por sapientísimos escritores? Oh! ellos debieran reflexionar que hieren cruelmente á toda la nación en lo mas sensible de su corazón, porque le quieren quitar la creencia de un favor divino, la creencia de una Madre singular y tierna, de una protectora especial, firme y constante, en quien funda todas sus esperanzas, tanto en el órden de la gracia, como en el de los bienes temporales. Sí, de esa divina Señora, Santa María de Guadalupe, esperamos todos los mexicanos la libertad y la reconsolidación de la Iglesia Mexicana, la mejora de nuestra condición moral y social, la conservación de la autonomía de nuestra cara Patria, y otros mil y mil favores.

Firmes en nuestra piadosa creencia apoyada en fundamentos incontrastables, debemos confesar con gratitud que este es el primero y el mas sublime de los beneficios que hemos recibido de nuestra tierna y amorosa Madre; debemos confesar con nuestros antepasados que á las inspiraciones de Santa María de Guadalupe y á tantos prodigios obrados por esta divina Señora, debió México su portentosa conversión al Cristianismo. Sí, esta Madre de Misericordia, nos trajo la paz del Cielo, trasformó el carácter de los mexicanos, haciéndolos dóciles, humildes y piadosos. Estos beneficios están íntimamente enlazados por las divinas promesas, con el hecho de la gloriosa Aparición de la

Virgen del Tepeyacatl; cuyo hecho es tan cierto en la Historia como son el descubrimiento y la conquista de la América. Añadiéndose á la certidumbre histórica, la artística y científica por el juicio de los sabios físicos y pintores que examinaron la sagrada Imágen de la Santísima Virgen de Guadalupe y la declararon sobrenatural, y la que resulta del culto constante autorizado no sólo por los Pastores de la Nación Mexicana y de otras varias, sino tambien por los Sumos Pontífices.

México debe gloriarse y sentir un santo orgullo, porque siempre tiene á la vista la celestial Imágen de Guadalupe en actitud suplicante, pidiendo con poderosos ruegos para esta feliz nación las gracias que necesita. ¿Qué no recordais, señores, que si se desarrolla la peste entre nosotros, si nos amenaza la tempestad y la inundación, si se extremece espantosamente la tierra queriéndonos sepultar en sus entrañas, luego que invocamos con fé y con esperanza á Santa María de Guadalupe, desaparecen todos esos males? porque Ella está pidiendo constantemente por nosotros como nos lo prometió. Reflexiona además, México, querida patria mia, que tú por la riqueza de tu suelo, por la benignidad y lo variado de tu clima, por tu cielo tan hermoso y por otros mil y mil motivos eres la perla preciosa que ambicionan otros pueblos mas poderosos que tú, y que si no se han apoderado de tí en tantas veces que han ensayado con peligro tuyo tantas combinaciones, es porque en Santa María de Guadalupe tienes un centinela que vela por tu custodia, un baluarte inexpugnable, la torre de David cubierta de mil escudos de tu segura defensa. ¡Ah! pero temes hoy ¿no es verdad? que un pueblo de bronce que viene del Aquilón esté maquinando constantemente en su babilónico gabinete tu completa absorción, para borrar del catálogo de los pueblos libres y realizar sus siniestras miras de ambición, como lo hicieron los antiguos Asirios con el pueblo querido de Dios? No temas: mira que Santa María de Guadalupe tiene por escabel de sus piés al ángel que en una sola noche exterminó á mas de 185000 valientes de aquel ejército formidable. ¿Temes acaso que tu raza sea extinguida? Mira á esa divina Esther, que con los ojos bajos y un semblante humilde, pide constantemente al Divino Asuero que te liberte del exterminio y de la muerte,

¿Temes ser envuelta otra vez en la negra noche del error? Mira con cuidado la blancura de esa nube, señal cierta de la pureza de tu fé y de la luz que te guía en tu peregrinación.

Sí, señores: tengamos confianza en las divinas promesas de la Virgen de Guadalupe, pues que ha cumplido con ellas favoreciéndonos por mas de tres siglos, así en el orden público como en el privado; razon por que vemos á los pueblos indígenas agolparse en este dia en el hermoso templo del Tepeyacatl á darle las gracias por los beneficios recibidos y á pedirle con confianza de hijos el remedio en sus necesidades, porque están seguros, como lo estamos todos los mexicanos, de que nuestra Purísima Madre de Guadalupe siempre está pronta á enjugar nuestras lágrimas y á hacernos beneficios indecibles en cumplimiento de su ternura, amor y protección, como consecuencia de su gloriosa Aparición en el Tepeyacatl.

Pero no os olvideis, señores, que los pueblos ingratos á los beneficios de Dios y de la Santísima Virgen María han recibido azotes terribles de la Justicia divina, privándolos de las gracias y de los dones con que en otro tiempo los habia enriquecido la Divina Providencia. Mirad si no, á esos pueblos del Oriente, donde meció su cuna el Cristianismo, que luego que desconocieron al verdadero Dios y á la Santísima Virgen, y vieron con indiferencia la religión de sus padres, el Señor los abandonó á su réprobo sentido, y los sujetó al duro yugo de otras naciones que á título de civilización, casi los han extinguido, cumpliéndose en ellos lo que habia dicho el Profeta. Si nó decidme ¿dónde está el antiguo poder del Egipto, sus glorias y su grandeza? Todo acabó, pues apenas se conserva incierta memoria de algunas de sus soberbias ciudades. De Ménfis, la antigua corte de los Faraones, nos dice un viajero, «no ha quedado ni un rastro: allí donde se extendia, la lluvia del cielo sin salida ha formado laguna infecta, mientras que en torno de ella y ocupando los antiguos recintos, crecen las palmas silvestres.» No olvideis que la suerte que ha corrido esa nación poderosa de la antigüedad pueden correr los demás pueblos que corrompen sus costumbres, niegan al Dios verdadero y á su Santísima Madre.

¿Cuánto me temo que la nación mexicana, por el desquí-

ciamiento en que se hallan sus costumbres, por la inmoralidad tan espantosa y por el escándalo tan público, provoque la ira divina y sea castigada de una manera terrible, principalmente si niega ú olvida á su Purísima Madre, la Virgen de Guadalupe, olvidando tambien los inmensos beneficios de todo órden que á cada instante recibe de esa divina Señora! ¡Ah! no, mil veces no tan negra ingratitud, primero la muerte que negar á nuestra dulcísima y amorosa Madre la Virgen del Tepeyacatl. ¡Dios Santo! aleja de mí estas ideas, porque al pensar que nosotros los mexicanos séamos ingratos á tus beneficios y á los de la Virgen Purísima que nos has dado por Madre especial, la carne se extremece y las lágrimas brotan á los ojos. No, Señor, jamás permitas que tu pueblo querido cometa esa ingratitud á que lo están incitando esos génius satánicos; porque si tuviera tal desgracia de negar á la Virgen de Guadalupe, con él desaparecerían las glorias de este grandioso día.

¡Virgen y Madre nuestra! mira á tu pueblo postrado á tus purísimas plantas, reconociendo en Ti el gran portento, la señal que se le presenta hoy en los cielos, que es una Mujer vestida del Sol, con la Luna á sus piés y coronada de doce estrellas. Tú, ¡oh bellísima criatura! eres esa Mujer prodigiosa, encanto de nuestra alma y la prenda mas segura de nuestro amor: no te olvides que los mexicanos tenemos en este día derecho á que nos concedas las gracias que te pedimos; oye pues, benigna, las fervientes oraciones de nuestro Illmo. Prelado y las de todos los Sacerdotes: oye tambien los sollozos y suspiros de tu pueblo que viene de todas partes á adorarte, y que clama desde lo mas alto de sus montes bendiciendo al verdadero Dios por tan estupendo prodigio que recuerda hoy con filial gratitud. Enjuga nuestras lágrimas, alientanos en nuestras tribulaciones, y por último, como Madre nuestra, bendícenos en la vida para que siéndote fieles y agradecidos, vayamos á extasiarnos con la vista de Dios y la tuya, en la celestial Jerusalen.—
ASI SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



005